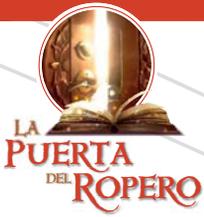


El Músico y el Anciano de días

DAVID NOBOA



LA
PUERTA
DEL
ROPERO



El músico y el Anciano de Días

Derechos de autoría

©2020 David Noboa Cazar

www.soydavidnoba.com

All rights reserved

Diseño de Portada y Maquetación: Fidían Guananga

Todos los derechos reservados

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.



EL MÚSICO Y EL ANCIANO DE DÍAS

Por David Noboa

Por el arte

Entibia los gélidos corazones
con ondas supra terrenales
despierta inhóspitas sensaciones
del alma con pinceladas salvajes



Esta es la historia de Capella, ciudad de cantores, y de un percusionista experto con los tambores. Cada mañana se levantaba el intérprete para tocar sus bongós, timbales y congas, cajas rítmicas de las cuales arrancaba sonidos celestiales. Como nadie allí tocaba ningún instrumento, eso era justo lo que Capella necesitaba.

Debajo de un pequeño sombrero alargado con las alas enrolladas por los lados, caminaba el músico por las calles de los pueblos que visitaba, siempre dilatando los labios para pintar una sonrisa pues le habían enseñado que lo que la gente necesita es alegría. Arremangaba las estrechas bastas de su pantalón oscuro dejando ver sus pies velludos a través de las correas de sus sandalias, y así mismo hacía con las mangas de su vieja camisa gris cubierta por un desgastado chaleco de piel.

En todas las plazas de los pueblos y ciudades cercanas, la gente lanzaba algunas monedas en su sombrero como recompensa al talento que desplegaba, y cuando llegó a Capella, la ciudad entera lo recibió con brazos abiertos.

Maravillados, todos sus habitantes decían:

—¡Esto era justo lo que a Capella le hacía falta!

Su habilidad le sirvió para comer por un tiempo, pero poco a poco su gran capacidad se fue transformando en una insípida rutina y cada vez menos atractiva para los habitantes de Capella. Un día, justo cuando el músico había tomado la decisión de volver a caminar por los pueblos aledaños a buscar suerte, se acercó a él un niño con los pies descalzos.

—¡Hey, músico! —exclamó el niño—, tu talento es grande, podrías hacer mucho más que solamente tocar en las plazas.

—Sí —respondió el músico—, yo sé de mi talento, pero con el paso del tiempo siento que la gente se aburre y deja de escuchar. No me gusta ver pasar a la gente dormida, con los oídos llenos de ruido y poca música para disfrutar.

—Deberías ver al Anciano de días —afirmó el niño—, él te dirá lo que puedes hacer.

Ante la duda del percusionista, el pequeño siguió hablando con insistencia:

—Créeme —aseguró, abriendo sus ojos como grandes canicas de color blanco azulado—, jamás he visto sabiduría igual a la suya.

—Iré —respondió el músico—, al final ya no me queda mucho por hacer.

Pero nunca fue.

Pasaron algunos años, entre hambre y ropa sucia, puentes y hogares para callejeros, de ciudad en ciudad, hasta que el músico, sin fijarse, regresó por el camino a Capella. Ya su rostro no reflejaba la alegría de los primeros años, se había dejado crecer la barba, y hasta le habían salido algunas canas. No que había envejecido, pero lo parecía. Ya los instrumentos no le servían para sacar tonadas, sino como cajas para pedir cualquier limosna a los que de alguna manera advertían su presencia y por lo menos no giraban la cabeza para darle la espalda.

En esas tristes condiciones fue que encontró nuevamente al niño de los pies descalzos que ahora era un jovenzuelo y hablaron del Anciano de días otra vez.

—Se ve que no te ha ido bien —dijo el muchacho con un tono de reprimenda—, y es que nunca fuiste a ver al anciano. Te sorprenderá saber que él sí te conoce. Me dijo que él sabía perfectamente quién eras y sabía también de tu enorme destreza. De hecho, me mandó un mensaje para ti.

Por unos segundos, un extraño silencio cruzó entre ambos, como una brisa delicada, o más bien como una canción que el viento cantaba.

—Debes repetir estas palabras levantando los brazos al cielo —siguió hablando el jovenzuelo—, y lo harás cada vez que toques tu instrumento.

*Del cielo descienda el fuego.
Que mis manos sean el instrumento.*

A pesar de lo extraño de las palabras el músico pensó que no perdería nada si lo intentaba. Reunió algunas cajas sonoras y tomó un par de palillo rotos que se encontró en el suelo. Entonces, hizo como dijo el muchacho, levantó los brazos al cielo y repitió aquellas palabras extrañas.

—Del cielo descienda el fuego, que mis manos sean el instrumento —repitió con voz temblorosa y entrece rrando los ojos.

Fue como recibir un aliento, como si algo hubiese entrado en él para revivir todo lo que había muerto en su interior, corrió un fuerte viento sobre sus manos y empezaron a quemarle como si estuvieran ardiendo en fuego.

Instantáneamente empezó a golpetear en las cajas, en las paredes y hasta en sus zapatos. Del ritmo de sus manos salieron tonadas que nunca antes había tocado. La gente se empezó a juntar de nuevo a su alrededor y aplaudía extasiada del ritmo. Pronto se hizo conocer como “el percusionista celestial”. Los dueños de los teatros de todas las ciudades lo buscaban para

que tocara en sus espectáculos y los pueblos se llenaban del color de sus compases. También, como era lógico, empezó a ganar mucho dinero. Bongós, timbales, congas, otra vez su marimba y un xilófono. Notas alegres o pensativas, unas emocionantes, y otras de consuelo. Los instrumentos parecían tener vida propia en sus manos otra vez, y la gente volvía a decir las palabras que lo hicieran famoso hace algunos años.

¡Esto era justo lo que a Capella le hacía falta!

Parece increíble la forma como el ser humano puede perderse y dejar de valorar aquello que es importante, porque con el tiempo el músico se alimentó de la fama y el dinero, de los elogios y otras cosas vanas, tanto que olvidó repetir las palabras que el Anciano de días le había otorgado y poco a poco su talento se hizo de nuevo rutinario, nada fuera de lo común.

Hubo una escasez de talento por aquellos días, la gente había dejado de apreciar el arte y todos estaban preocupados por el pan de cada día. La hambruna de talento se extendió por todas las ciudades como una plaga que entristecía los ojos de sus habitantes, sobre todo de Capella. La ciudad de los cantores ya no tenía cantos, ya no había majestuosidad en sus calles y sus plazas habían perdido el color del que todos se asombraban, se volvió una ciudad de tonos grises y ásperos sonidos.

Llegado el invierno un empresario dueño de muchos teatros llamó al músico y lo contrató para hacer un recital, pero le advirtió que ésta sería la última vez que tocaría en ese lugar y en todos los demás, porque su talento ya no era tan extraordinario como antes. Además, la hambruna de talento había hecho que todos sus teatros se cierran y este recital sería el último de todos.

Solitario, el que alguna vez fue conocido como el percusionista celestial, quiso recordar algunas de las tonadas que le habían hecho famoso, pero ya nada era como antes. Solo frío y lamento salía de los ritmos del tambor y la marimba, de los bongós y el xilófono. Entonces tuvo miedo.

—Creo que esta vez será la última que toque un instrumento —se dijo a sí mismo, pensando—, luego de esto me dejaré morir.

Minutos antes de empezar el último recital de su vida, en una especie de quimera, el joven de los pies descalzos apareció delante de él. Es difícil saber si eso fue un sueño, una alucinación, pero las palabras que escuchó fueron más reales que su desesperada imaginación.

*Aunque pienses que las palabras que te di hace
tiempo ya no surten efecto,*

*aún si ya has perdido la confianza en ti mismo al
igual que en tu talento,*

*si bien piensas que luego de esto solo te dejarás
morir,*

nada pierdes con estas frases repetir:

*Del cielo descienda el fuego, que mis manos sean
el instrumento.*

El músico no lo pensó dos veces y así lo hizo. Sin embargo, esta vez fue diferente. Su corazón estaba lleno de arrepentimiento por haber olvidado el poder que venía del cielo, y hasta un par de lágrimas salieron de sus ojos por aquel remordimiento.

Entonces, una ráfaga de viento encendió otra vez las manos del percusionista, sus ropas cambiaron de un talante tenebroso a un bailón brillante y hasta parecía haberse sumergido en una jovial juventud. Esa noche sus manos tocaron canciones que hicieron llorar y gozar a los asistentes al mismo tiempo, ritmos que hacían a todos emocionarse hasta las lágrimas y hasta darse abrazos entre todos, ritmos que tocaron el corazón de los habitantes de Capella haciéndoles bailar en todos sus salones. Ese fue el día en que los colores volvieron a la ciudad y muchos empezaron a cantar junto con el músico. La ciudad se hizo tan famosa y sus cantantes eran conocidos como “los extraordinarios cantantes de Capella”. El percusionista celestial dejó de tocar en teatros y volvió a las plazas de donde había salido. El dinero nunca le faltó y la hambruna de talento fue cosa del pasado.

En el mejor momento de su carrera, el músico decidió caminar en busca de un nuevo sonido, un nuevo instrumento, algo altamente creativo que revolucione todo lo que se había escuchado hasta ese día.

Una mañana de sol sorprendió al músico recorriendo un camino, una senda que antes no había recorrido, era el camino hacia la casa del Anciano de días. Caminó hacia allá con sus tambores, feliz, con sus mejillas rosadas hinchando su rostro para ejecutar la más hermosa de las sonrisas.

¡Había llegado a casa!

Puedes descargar este y otros cuentos
gratuitamente en:

www.soydavidnoba.com